

ESPAÑA PINTORESCA.



LA CATEDRAL DE BURGOS.

La Santa iglesia metropolitana de Burgos, dedicada desde sus principios á la Virgen Santísima, en grandeza, nobleza y her-
mosura de su ejecución artística es una de las mas in-
signes que tiene nuestra católica religion, lo cual mejor
se declara con la vista que con la delicadeza de la plu-
ma. Su primera fundacion fue en la ciudad de Oca, aho-
ra villa con título de Villafranca de Montes de Oca, en
tiempo del emperador Constantino. Pereció la ciudad de
Segunda serie.—TOMO II.

Oca con toda su jente en la entrada de los moros en Es-
paña, y por esta razon se trasladó la catedral á la ciu-
dad entonces, y ahora villa de Valpuesta; la cual tam-
bien fue destruida por los moros poco despues. Trasla-
dóse en tiempo del rey D. Alonso llamado el católico á
Santa María de Gamona, distante media legua de Burgos,
desde donde fue trasladada á aquella ciudad en tiempo
del rey D. Alonso el VI, quien cedió al efecto sus pala-
cios: en ellos permaneció hasta que en el año de 1221,

1.º de marzo de 1840.

el rey D. Fernando el Santo, tercero de este nombre, la trasladó al sitio en que hoy está, siendo obispo D. Mauricio, de nación inglés, quien puso la primera piedra de aquel magnífico edificio en 20 de julio de dicho año de 1221.

Está fundada en medio de la ciudad, y el edificio conserva algo de lo antiguo aunque ahora está muy removado. El cuerpo principal es en forma de cruz como lo son casi todos los templos católicos. Lo largo de ella que es desde la puerta que llaman *del Perdon*, al poniente, hasta el presbiterio, y lo que cruza de la puerta *del Sarmental* hasta la de la *Coronería* está trazado con grande proporción, así en lo largo y ancho como en lo alto y claro. Las dos naves colaterales tienen el defecto de ser poco altas y estrechas respecto de la principal: toda ella está rodeada de grandes y preciosas vidrieras, dividida cada una por lo alto en dos piezas con sus pilastras que proporcionan mucho la obra del ventanaje terminando en arco. Debajo de ella estan los arcos principales que descansan sobre fuertes y hermosos pilares muy gruesos y fabricados con mucho arte. Son en todos veinte y dos, y tienen por fundamentos sus basas ochavadas de tanta anchura y grandeza cual requiere la máquina que sustentan. Divídense en dos ileras, y cada uno de ellos hace sus intercolumnios espaciosos en igualdad. Los seis primeros tres de cada lado entrando por la puerta principal, estan exentos; los otros seis siguientes ocupan el coro. Sobre los principales arcos de estos pilares está todo el cuerpo de la iglesia lleno de corredores en el mismo grueso de la pared, de tal manera dispuestos que de unos á otros hay sus pasadizos, y por ellos se anda toda la iglesia. Estan tan preciosamente labrados que la hermosean mucho. Tiene la iglesia por dentro el espacio de 500 pasos en contorno, y toda es de escogida piedra blanca llamada de Ontoria, primorosamente labrada y tan bien sentada que no se halla en toda ella ni el menor resquicio de quiebra.

De seis puertas principales que tiene, la mas notable es la *del Perdon* llamada de *Santa Maria*, entre el Oriente y medio día, que es donde está la fachada principal (1), á cuyo frente se vé una gran plaza y en medio de ella una hermosa y abundante fuente: dicha puerta tiene delante un espacioso atrio enlosado y sus antepechos con capiteles de piedra repartidos con mucha proporción y simetría. Adornan la portada un gran número de hermosas estatuas al natural de apóstoles y evangelistas. En medio de ellas, por coronación, estan las personas de la Santísima Trinidad, y mas abajo el tránsito de la reina del cielo. Una gran pilastra en la cual se mira una imagen muy preciosa mas que del tamaño natural, de María Santísima, divide en dos la puerta, á cuyos lados existen otras dos que corresponden á las dos naves colaterales; y aunque no tan grandes contribuyen á hermosear la fachada guardando la mejor proporción: una de ellas se restauró con poco acierto segun el gusto greco-romano.

Sobre estas tres puertas se elevan las dos famosas torres de las campanas y el frontispicio de la iglesia; todo tan ricamente adornado de figuras, flores, follages, cornisas y lo demas que pide el arte, que causa admiración; especialmente las figuras ó imágenes de los siete infantes de Lara estantes en el espacio que media entre una y otra torre. Estas en un principio quedaron sin acabarse, pero despues se fabricaron sobre ellas dos maravillosas agujas ó chapiteles de la misma piedra de Ontoria ochavadas con varios claros y claravoyas por las cuales para mayor seguridad pasan los aires: estan por lo inte-

rior afianzadas con grandes barras de hierro que hacen la obra perpetua, y trazadas con tal arte y primor que compiten con la obra del crucero, de la cual afirman cuantos la ven que de plata no pudiera hacerse con mayor gracia y sutileza. Hizolas á su costa D. Pedro de Cartajena, obispode aquella ciudad, que entre los demas por tan insigne obra mereció le llamasen *el de buena memoria*. Trajo de Alemania los maestros que las fabricaron cuando fue al concilio de Basilea celebrado en tiempo del sumo pontífice Eugenio IV, por embajador del rey D. Juan el II. Las torres las comenzó el obispo D. Mauricio el día de Santa Margarita, y en el mismo empezó D. Alonso estas agujas, en cuya obra consta que se tardaron trece años cabales. Los maestros que las fabricaron eran hermanos, el uno hizo una y el otro otra.

La cuarta puerta es la *del Sarmental*, porque cae á aquella plazuela. Por ella entra y sale en aquella santa iglesia el prelado por ser la mas inmediata á su palacio. Está fabricada con mucha suntuosidad. La quinta está enfrente de esta en el extremo del otro brazo, que llaman la alta y la de la *Coronería*, á la cual se sale desde la misma iglesia por una muy suntuosa escala con mucha proporción dividida con antepechos de hierro, que solo con adornarla sirve de que en ella se haga el monumento. La sesta es la que se dice *de la Pellegría* y es la mas próxima á la pasada; dá salida para las calles que llaman de San Lorenzo y de la Llana, y por dentro hace correspondencia á la del claustro. Parece por defuera un grande retablo por su maravillosa arquitectura: á mas de otras muchas figuras tiene historiados de medio relieve los martirios de los dos San Juanes el Bautista y el Evangelista, y por coronación una hermosa imagen de María Santísima acompañada de multitud de ángeles: esta obra la costeó la liberalidad del obispo D. Juan Rodríguez de Fonseca.

El coro tiene todo el ancho de la iglesia; es muy capaz; su asiento es sobre basa y gradas de mármol; ciérrale por delante una reja de bronce con dos puertas de mucha grandeza y hermosura. La sillería es muy grande con dos órdenes de sillas, las altas tuvieron mucho mayor coste porque tienen en sí mucha mayor grandeza y ostentación que las de abajo; en todas son mas de ochenta, de nogal, labradas con mucho primor, con embutidos de box y otras maderas esquisitas, respaldares de lo mismo y muchas figuras de medio relieve. Estan separadas unas de otras por columnas muy bien talladas. La principal que es la de en medio y está destinada al Sr. arzobispo es mucho mayor y mas suntuosa que las demas. Hizola á su costa el ilustrísimo Sr. D. Estevan Vela, que fue el primero que la tuvo, y gastó en ella mil ducados. Cerca todo el coro una muy grande cornisa en la que se hallan repartidos con mucha proporción algunos santos de bulto. De uno y otro lado sobre ella hay dos primorosos órganos que fueron obra del cabildo, ejecutados en 1638 por Juan de Argete, maestro insigne en este arte. En medio del coro está el facistol de forma piramidal, con muchas molduras y frisos, todo de bronce dorado y capaz para contener los libros del coro que los hay muy ricos y numerosos; porque en los oficios hay y puede haber iglesias catedrales que iguallen á esta, pero no que la escedan. Coronale una hermosísima imagen de talla de María Santísima con la cual tienen mucha devoción todos los que asisten al coro. Hizola el célebre maestro Juan de Ancheta en 1578. Debajo del facistol yace honóricamente sepultado el Sr. D. Mauricio, obispo de Burgos, que fabricó esta iglesia.

(Se concluirá.)

(1) Véase el grabado que vá á la cabeza de este artículo.

MANUEL EL RAYO.

NOVELA DE COSTUMBRES.

I.



En toda la dilatada costa española de entre ambos mares desde el golfo de Cantabria hasta el Cabo de Rosas el contrabando es verdaderamente escandaloso. No se trata aquí de aquellos contrabandistas tímidos que pueblan los límites de nuestras provincias, y ayudados de mil disfraces, armados de mil estratagemas, logran escapar á la persecucion del fisco, renegando en circunstancias peligrosas de una profesion que la necesidad ó la codicia les hizo abrazar por un momento; no; el verdadero contrabandista español, el que abraza en sus operaciones toda la estension de nuestro territorio, desprecia á aquellos cobardes imitadores, y gusta de ser conocido en todas partes por el título de una profesion que considera útil é indispensable á la sociedad: tiene sus costumbres propias, sus usos, sus canciones, su lenguaje, su vestido peculiar; su persona es por lo regular atlética y terrible; su marcha grave y reposada; sus actitudes, el manejo de la capa y el sombrero llenos de elegante desden. Familiarizado con la intemperie, su salud es fuerte y vigorosa, y en sus refriegas con los dependientes del resguardo jamas suele estar dirigido ni por espíritu de aborrecimiento ni de venganza, mirando solo en ellos unos hombres obligados por deber á oponerse á su tráfico, así como él á seguirle: segun estos principios jamas ó rara vez se convierte en agresor; mas si se vé atacado empeña tenazmente todas sus fuerzas en la lucha, y solo pone fin á ella cuando despues de muchas horas de combate siente faltarle las últimas fuerzas de resistencia. No pocas veces queda por dueño del campo, y entonces tampoco se obstina en perseguir á su enemigo, dando bien á conocer que no empenó la accion sino por pura necesidad en defensa propia.

El carácter del contrabandista español es igualmente notable por la puntualidad en los empeños contraídos, lo sagrado de sus palabras y la indignacion y encono con que mira á los ladrones y asesinos, al paso que enumera con orgullo el número de aduaneros que hizo morder la tierra á impulsos de su trabuco. Pero si hemos de hallar el verdadero tipo del contrabandista español, fuerza será buscarle en las costas del medio día desde el cabo de Gata hasta la embocadura del Guadiana. Sabido es que Gibraltar situado en medio de ambos puertos es el gran depósito de que la Inglaterra se sirve para inundar á toda España de los inagotables productos de sus fabricas; y en comparacion de esta irrupcion inmensa es poca cosa el contrabando hecho por la frontera de los Pirineos y sobre la raya de Portugal.

A Gibraltar pues deberá trasportarse el observador que quiera conocer al verdadero contrabandista español; no porque estos hombres extraordinarios hayan fijado su domicilio en aquella fortaleza, sino porque les sirve de centro y punto de partida para sus operaciones. Allí los sorprenderá, como suele decirse, con las manos en la masa, cargando y armando sus barcos; enganizando la tripulacion, y preparandose á las mas arriesgadas empresas, con aquella calma impassible, aquella sangre fria áspere y desabrida que forman por lo general

el fondo de su carácter, y que fueron durante cincuenta años las calidades distintivas de uno de ellos llamado Manuel el Rayo, cuyas últimas aventuras vamos á referir á nuestros lectores.

Hijo de un contrabandista igualmente famoso, nada era a los ojos de Manuel superior á esta profesion. Atravido y emprendedor, habiase enriquecido en ella saliendo siempre victorioso en multitud de encuentros con el resguardo de mar y tierra, y siempre rodeado de hombres igualmente animosos y emprendedores, justificaba bien el sobrenombre de *El rayo* con el que era conocido en toda la comarca. Su estatura era alta, y su persona bien cortada. Sus facciones pronunciadas y severas, y el color cetrino de su tez tostada por los rayos del sol meridional, y sus anchas patillas y barba poblada, realizaban notablemente el caracter enérgico y vigoroso de su semblante. Llevaba constantemente cubierta la cabeza con el acostumbrado pañuelo de color, y encima el sombrero de cucurucho y alas grandes: una zamarra de piel negra con agujetas de plata y una ancha chupa de terciopelo ajustada con multitud de botones de filigrana: dos filas de estos adornaban tambien la costura del calzon de ante, y unos ricos botines de correa delicadamente bordados sujetaban la pierna. Con esto y la ancha faja de seda encarnada, desdeñosamente arrollada en torno de la cintura y la característica capa andaluza manejada con gracia y desenvoltura, completaba el avio nuestro Manuel cuando los trabajos de su profesion no le permitian algun descanso. Pero llegaba la hora de volver a la faena, y entonces arrollada la capa a la grupa de su caballo, tomaba en su lugar una larga manta rayada, echandola sobre el hombro izquierdo; guarnecía la cintura con dos pares de pistolas cargadas hasta la boca, montaba en su troton, y echaba a andar puesta la mano en el gatillo de su escopeta.

Hacia ya doce años que nuestro contrabandista habia perdido á su mujer, quedándole por único fruto de su union, una niña de cinco años llamada *Casilda*, en quien habian venido á reunirse todos los sentimientos afectuosos de su corazon. Habiala hecho dar una buena educacion, si así puede llamarse el estudio de las primeras letras hasta el punto de entender con trabajo el *Ejercicio cotidiano*, el de la música, hasta poder acompañarse á la guitarra algunas graciosas coplas del *Sereni*, y el de la danza, bastante á poder desempeñar las graciosas actitudes de la *Cachucha*; educacion por otro lado no muy inferior á la que por aquella época (1817) solian recibir nuestras señoritas, á quienes se tenia miedo de enseñar á leer, en la persuasion de ponerlas así á cubierto contra las asechanzas de los amantes.

Casilda, pues, con tan ligera instruccion llegaba ya á aquella época de la vida en que lleno el corazon de nuevos é inesplicables sentimientos, desdeña ya los recuerdos de la primera edad, para embriagarse en un presentimiento vago del porvenir; y no una vez sola mirándose al espejo y reconociendo su hermosura, un sentimiento natural de orgullo se dibujaba en su expresion y actitudes, adoptándolas tales que hubieran podido servir de moledo al divino pincel de los Murillos y Zurbaranes.

Mas si el corazon de *Casilda* se habia regocijado al reconocer los atractivos de su persona, el de Manuel por el contrario la veia con temor, y como hombre que durante el curso de su larga vida tan llena de incidentes y aventuras, conocia bien todos los géneros de seducion que el amor sabe emplear contra el sexo débil; temia por su hija adorada, y hubiera querido siempre encontrarse á su lado, maldiciendo á su profesion que le

condenaba á tan larga ausencia. Tenia en fin por ella el mismo amoroso cuidado que Victor Hugo ha prestado á Tribuleto hácia Blanca, y rodeaba á su hija de las mismas precauciones que segun el poeta francés inventó para su hija el bufon de Francisco I.

El severo contrabandista, sabia pues, que en un pueblo pequeño está menos espuesta la virtud de una mujer que en una gran ciudad, por abundar menos en aquellos esos ociosos mozalvetes que se ocupan como por juego en labrar el deshonor de las familias; y por esta razon habiase retirado de Cádiz y fijado su domicilio al otro lado de la bahía en la linda ciudad del Puerto de Santa María. Allí pues, en una casa bastante cómoda y elegante de la calle de Palacio, y bajo la sola inspeccion de una antigua criada, la vieja Marta, crecia en gracias y adelantaba tambien en misteriosos ensueños la hermosa Casilda, la hija adorada de nuestro Manuel.

Y tal era su retiro que la pobre muchacha no veia alma viviente sino su vieja guardadora. Las espesas celosías de sus ventanas impedían á los profanos paseantes penetrar con su vista hasta lo interior de la casa, y á no ser porque todas las mañanas veían los vecinos salir á Marta á buscar las provisiones, hubieran podido tomar aquella casa por un castillo encantado. Casilda tambien salia, pero era únicamente los domingos á misa, si bien al amanecer y siempre cubierta con su velo, y escoltada por la vieja; y tal era la precaucion del buen contrabandista, que él mismo las habia trazado el itinerario hasta la iglesia, el sitio mas obscuro de ella en que debían colocarse, y el mas prudente uso del velo, y sobre todo del abanico, todo con el objeto de que no pudiesen llamar la atencion de persona alguna.

Sin embargo, bien habia Marta echado de ver, que su señor solia á veces admitir á su mesa a un joven mancebo de hasta unos veinte y cinco años, gallardo, bien portado, y vestido con el obligado trage de la vida contrabandista. Esta infraccion de la regla impuesta por el Manuel, la edad del mozo, su colocacion en la mesa al lado de Casilda, sus miradas a esta, su distraccion y arrobamiento, y alguna que otra palabra mas ó menos significativa, hicieron entrar a Marta en serias cavilaciones, hasta que en fin, vino a sacar en limpio que si su experiencia secular no la engañaba, el viejo Manuel proyectaba alguna cosa seria, y que era muy posible que el joven contrabandista acabase por ser yerno del veterano. Y fueron tantas las diligencias que la vieja camarera hizo para averiguar la verdad del caso, que al fin pudo escuchar el siguiente dialogo de sobre-mesa entre el viejo y el mancebo.

Casilda acababa de levantarse de la uesa, y entrambos contrabandistas guardaban el mas profundo silencio, saboreando como distraidos su cigarrillo de papel. De repente Antonio (que era el mozo), suspiró, y encarandose al viejo le dijo:—

A la verdad, Manuel, que Casilda es una muchacha como un oro.—Ola, replicó el viejo, ya veo que no eres ciego.—Camaraa, no hay que enfadarse, pero estoy enamorado de ella.—Naa tiene de particular; donde menoz se piensa zalta la liebre.—Es que no lo he dicho toó; y... vaya... si tu eres gustoso, yo lo seré en ser su marío.—Antonio, replicó gravemente Manuel, ¡cuidao con burlarse de los santos sacramentos!—Hombre yo no me burlo, y lo juro por esta cruz.—(Y hecha la señal con los dedos pulgares la besó respetuosamente) Manuel le lanzó una mirada encantadora como de quien intentaba adivinar por el semblante el interior de su corazon; en fin, despues de una pausa regular exclamó.

—Antonio, es verdad que amas á mi hija?—Que no

entre en el cielo, si te he dicho mas que la verdad.—

—¿La harías tu feliz?—La tendré como una reina.—Muy bien; te permito aspirar á su mano; pero mira; antes de poseer tan preciosa joya, es preciso merecerla. Yo se bien quien eres; no ignoro que te has visto en circunstancias delicadas, en terribles encuentros, y que nunca has perdido ni el valor ni la serenidad; se que tus manos saben manejar bien el trabuco, y harto mejor que yo lo saben los esbirros del resguardo; pero esto no basta, y necesito una prueba mas de tu aptitud. Escuchame. Tengo intencion de dar una repasata á un maldito guarda-costas que se nos anda siempre asomando entre el cabo Espartel y la embocadura del Guadalquivir, y me ha parecido del case confiarte esta mision peliaguda, quiero decir, que pondré á tu cuidado la defensa del primer cargamento que tenga que introducir por esta costa, y cuenta con lo que haces, porque solo haciéndolo bien podrás llamar tuya á Casilda.—

—Sea, respondió Antonio entusiasmado; entregame tu charanga, *La Trinidad* y sesenta hombres escojidos, y yo te respondo con ayuda de Dios y de nuestra señora que ese maldito falucho me le he de amarrar á la popa; ó ha de ir á contarlo al fondo de los infiernos.—

—No tardará en presentarse la ocasion, dijo con gravedad el veterano; pero no hay que esponer la vida sin gracia.—Por lo demas tiempo nos queda, por que así como Casilda no tiene mas que 17 años y yo no pienso casarla hasta los 18 cumplidos—Hagase tu voluntad, dijo Antonio, procurando ahogar un suspiro—¡Ah! se me olvidaba, replicó Manuel. Es preciso tambien que tu me expliques algunas circunstancias de tu vida. Tu andabas antes al contrabando en las costas de Málaga, ¿por qué las dejaste y te viniste á estas?—Es un secreto que yo debo callar.—Ola! ¡dijo Manuel con un tono impetuoso! despues de lo que acabo de prometerte guardas todavía conmigo secretos?—Antonio no respondió.—Que dices á esto? gritó Manuel con voz aspera y sonora—Digo que... en fin, voy a contartelo todo.

—Habrá unos diez años que perdí a mis padres, dejandonos a un hermano una hermana y yo, dedicado aquel al comercio en Málaga, y yo entregado por inclinacion a esta vida aventurera. Esto ya lo sabías; pero ahora sabrás lo que ignorabas. Un joven de Marbella de unos veinte años, que habia recibido de Dios una hermosa figura y un corazon de tigre, y de sus padres una fortuna inmensa, y una perversa educacion, vino a pasear a Málaga, y por que tanto vió a mi hermana y se le antojó enamorarla. Pasaronse algunos meses antes que mi hermano llegase a entender nada; pero cuando quiso acudir al remedio, ya no le tenia, quiero decir que mi hermana habia sido víctima de un vil seductor... Mi hermano entonces, como puedes conocer, no tuvo otro remedio que probocar al picaro de Arevalo, pero este malvado aprovechandose de un descuido de mi pobre hermano, le asentó un par de puñaladas que le dejó en el sitio.—

—Dios le tenga en descanso;—dijo en voz baja Manuel.

Luego que yo supe esta terrible desgracia, prosiguió Antonio, me hallaba en Calahonda en las gargantas de la Alpujarra, y volando en alas de mi furor llegué á Málaga, busqué al asesino para saciar mi venganza; pero en vano; porque temeroso de ello habia escapado del peligro, y nunca mas he vuelto á saber de él. Dejé entonces mi ciudad natal, con la intencion de no volver á ella ni ver jamás á mi desgraciada hermana, causa de mi deshonor y de la muerte de mi hermano, y me vine á Cádiz donde te ofrecí mi brazo, y el deseo de seguir en un todo tus huellas. He aquí la historia de mi vida.

—Ya la sabia yo,—dijo Manuel con sonrisa.—Pues en-

—¿Por qué me la preguntabas?—para ver si eras franco conmigo—¿y qué, dudabas de ello?—No; pero entre dos que bien se quieren, con verlo basta.—Pues ya lo has visto.—Aquí hicieron los dos un rato de silencio, é interrumpiéndole despues Manuel.

—¿Conocerías al asesino?—dijo á Antonio.—Si por cierto, replicó este.—Y si por casualidad le hallases ¿qué harías?—Como hay Dios que le matara.—Pues yo te lo prohibo, ó no seras jamás mi yerno; dijo el viejo.—Lo he jurado, replicó Antonio suspirando.—El obispo de Cadiz te levantará el juramento—¿Mas por qué me has de prohibir?...—¿Por qué! ¿por qué!... Porque yo no quiero para mi hija á un hombre que podrá manchar á traición sus manos en la sangre de un cristiano; porque, además, tendrías que andar como él ahora, prófugo, oculto y huyendo de las manos de la justicia; y porque entonces nuestra Sra. del Carmen, patrona de los contrabandistas, no te daría su protección.

Esta última observacion pareció hacer una gran impresion en Antonio, y despues de un rato de reflexion—Dices bien, Manuel, exclamó, seguiré tus consejos.—Fio en tu palabra—Puedes hacerlo.—Y dicho esto se separaron los dos.

Pocas horas despues Antonio iba ya camino de Gibraltar, á esperar en esta plaza las órdenes de Manuel,

que le confiaba hasta aquí las expediciones menores, reservándose para él propio las mas peligrosas.

Habíanse pasado algunos dias despues de aquella conversacion, cuando Manuel recibió la siguiente carta de uno de los primeros mercaderes de Sevilla.

«Sr. Manuel

»Muy señor nuestro.—quisieramos sino hay inconveniente, surtir el almacén con unas mil piezas de muselina, otras dos mil de percal, francos de derechos. Si V. puede entregarse de esta operacion, sirvase V. darse una vuelta por acá para arreglar el negocio—Quedan de V. sus afectísimos servidores.

Tal y tal.»

Al dia siguiente de recibida esta carta, no bien apuntaban los rayos del sol, cuando despues de abrazar estrechamente á Casilda, y reencargar á Marta el mayor celo en su guarda, el valiente Manuel, con su cigarro detras de la oreja, armado de todas armas, trotaba sobre su hridon camino de Sevilla, tarareando en voz alta el gracioso polo de su paisano Manuel Garcia.

*«Yo que soy contrabandista
y campo por mi respeto,
á todos los desafío
y a ninguno tengo miedo.»*



EL RIO TAJO.

NOTICIAS SOBRE SU NAVEGACION.

El celebrado y caudaloso Tajo nace, y tiene principio en las sierras de Cuenca, cerca de la raya de Aragon, en un valle

que llaman las Veguillas, y el Moro Rasis Bonita, no lejos del rio Fucar. Segun nuestras antiguas y fabulosas tradiciones, dióle ese nombre el famoso rey Tago, que

celebran los primeros anales de España. Es de los ríos mas caudalosos que tenemos, y que mas leguas corre, pues naciendo donde queda indicado, discurre desde norte algun trecho á medio día, torciéndose cuanto mas va hacia el ocaso, hasta que á 40 leguas de sus fuentes rodea a Toledo, y trastorna su curso hacia Poniente, y sin hacer mas torceduras notables, a las 140 leguas de su nacimiento presenta sus aguas al mar de Lisboa, y cuando llega a ese punto aparece tan pujante, que tiene casi 3 leguas de anchura. La marea sube hasta cerca de Almerin y Santarem, entrando por el navios hasta la misma capital del imperio portugués.

La fuente donde nace llamase hoy de *Pie izquierdo* y procede de la Sierra de Abarracin, y montes de la muela de S. Juan, 8 meses cubiertos de nieve. A pocos pasos de su nacimiento, engrosado con otras fuentes, pasa por las vegas de su nombre, donde cria delicadas truchas asalmónicas. Entra luego en la provincia de Cuenca, a quien sirve á trechos de límite, con las de Soria y Guadalajara. En la primera recibe por su derecha el Oceseca, Cabrilla, y Gallo, dentro de la 3.^a, el pequeño Cifuentes, pasando por la villa [de este nombre y la de Trillos. Verificada esta confluencia, vence unas montañas que dividen sus corrientes de lo que se forma la famosa olla de Bolarque, cercana a la desierta morada, y convento de los carmelitas descalzos. Luego sigue placidamente por los hermosos campos de Zorita y media legua de Anuon recoge al Guadiela por la izquierda, y así enriquecido baña los muros de la villa de Zorita corriendo muy solitario, si bien caudaloso por los hermosos jardines de Aranjuez elevados 621 varas sobre el mar, y aquí se le une el Jarama, por norte, enriquecido ya con las aguas del Tajuña y del Henares. Unido con estos ríos discurre su viaje, llega cerca de Villaseca, y poco mas abajo recibe por el mediodía el arroyo grande de Algodor, dicho en tiempo de los romanos Gotor. Camina por dehesas hasta llegar á los bosques de Aceca, y pasando por Higares y Azuqueca ciñe los muros de la encumbrada ciudad de Toledo en forma de herradura, entrando en ella por oriente, y sierras encumbradas, y saliendo por el ocaso, á visitar la vega y regar sus hermosas huertas. Prosigue luego fertilizando nuevas dehesas, y cerca de Villamiel recibe al Guadarrama, pasa por Ventosilla sitio de recreo de los arzobispos de Toledo, y luego aproximándose a la puebla de Montalvan y ya cerca de Talavera, se le une por norte el Alberche, y a mas antes de llegar a este punto, el Torcon, Sedana y Pusa. Deja el Tajo a Talavera, y prosigue hasta la villa llamada Puente del Arzobispo, por el puente que en semejante lugar mandó hacer el célebre prelado D. Pedro Tenorio. Sigue luego el Tajo por Talavera la vieja y cuatro leguas despues, por bajo del puente que llaman del conde y villa de Almaraz, de la que a tres leguas esta el soberbio puente de ese nombre, hoy destruido. Poco mas abajo, por el norte, recibe el Tajo al Tietar, que pasa por junto á Arenas, y sigue luego por el puente llamado del Cardenal, y por las ruinas de otro llamado de Alconeta donde hay unas barcas con ese nombre. No lejos de aquí recibe por el norte otros cuatro ríos llamados Alagon, Ergos, Ponzul, Laca y Cecere, y con todo ese caudal pasa por Alcántara, y por bajo de la famosa Puente de Trajano, y de allí al lugar de Herrera, límite de España y Portugal. Entra en este reino, y a poco se le unen varios otros ríos como el Alpiarza, Zatas y Almansor, y todos juntos entran en Lisboa concluyendo así el curso de tan celebrado río.

Es celebrado el Tajo por muchos historiadores y poetas que han ensalzado sus arenas de oro y dulzura de

sus aguas. S. Isidoro en el capítulo 21 del lib. 13 de sus etimologías, Marcial en el epigrama 50 del lib. 1.^o y en el 81 del 10 le llaman el dorado, igualmente Montano, Ludovico Vigo, y á esto alude el célebre Garcilaso en aquellos versos, que no puedo menos de transcribir.

Las telas eran hechas y tejidas
del oro que el felice Tajo envía
apurado despues de bien cernidas
las menudas arenas dó se cria.

No tiene duda, que en las partículas de la arena de este río van envueltas muchas imperceptibles de oro purísimo como infinitas veces se ha comprobado, y no se que en todas la orillas del Tajo suceda esto; mas es constante que acaece en las de Toledo, compitiendo muy bien a ese río el renombre de *Aurifer*.

Sus aguas son potables, de buen sabor, y pueden caracterizarse de medicinales por los minerales que encierran. Es muy abundante y sabrosa su pesca de anguilas, truchas, sabalos, lampreas, albures, bogas, carpas, y barbos; sus arboledas y riberas son muy amenas, y sus campos muy fértiles. Tiene muchos molinos y norias, con gran número de presas, para la direccion de las aguas; las que siempre han servido de obstáculo para la navegacion por ese río.

Tentativas de navegacion.

Diferentes ensayos se han practicado en varias épocas, para conseguir el beneficio de la navegacion por nuestros ríos y de la construccion de canales, pero todos esos proyectos, ó han quedado ahogados en su nacimiento, ó si han llegado a plantearse, se han estinguido cuando la nacion empezaba a reportar sus beneficios.

Cuando la guerra del Portugal en 1580, que tuvo por éxito la reunion de las dos coronas, Juan Bautista Antonelli famoso arquitecto hidraulico que vino desde Italia, donde era natural, a España en 1559 al servicio del emperador D. Carlos, despues de haberse acreditado con muchas obras, propuso a Felipe II hacer navegables los ríos Tajo, Guadalquivir, Ebro, Duero, y otros asegurando su posibilidad y los inmensos bienes que resultarían de tan benéfico proyecto. Penetrado el rey de su utilidad, mandó que por vía de ensayo hiciese Antonelli la experiencia en el Tajo navegando las 24 leguas que hay desde Abrantes a Alcántara, para lo cual con fechas 1.^o de abril espidió una real cédula dirigida a los jueces, alcaldes mayores, y demas justicias de aquellos partidos, para que protegiesen aquella navegacion, y probeyesen de lo necesario al dicho Antonelli. Con fecha 23 de junio se espidió otra cédula, dirigida al licenciado Guajardo, alcalde mayor de Alcántara, para que comprase y probeyese de todo lo necesario a Antonelli para el propio objeto, y con igual fecha otra a los concejos y demas justicias de Castilla sobre lo mismo, y de este modo verificó Antonelli la navegacion y reconocimiento del Tajo por aquellas 24 leguas, con toda felicidad, segun relacion que hizo al rey fecha 20 de mayo de 1581.

Habiendo salido con felicidad de este primer ensayo, y deseando Antonelli llevar adelante su intento, se arrojó en 1582 al Tajo en una chalupa con 4 remeros portugueses, con el fin de navegar por él desde Alcántara a Toledo. El barco referido navegó con toda felicidad, y en 19 de enero de 1582 llegó a esta ciudad a la ribera de la vega, cosa que llenó de asombro a los vecinos que se

agolpaban a verlo. El 22 se puso la chalupa en un carro de 4 ruedas, y la pasaron por la vega enunciada a la ribera opuesta para evitar así las presas, a lo cual estuvieron presentes según Esteban Garibay, el arzobispo Don Gaspar de Quiroga, y el corregidor que era entonces de Toledo D. Fadrique Portocarrero y Manrique.

Navegó el barco el mismo día a la tarde camino de Aranjuez, entró en el Jarama, y por el canal se acercó a Madrid, de aquí se aproximó al Pardo, dió luego la vuelta volviendo a pasar por Toledo, y el 3 de marzo continuó su curso río abajo hasta Lisboa, donde llegó con toda felicidad.

Verificado el reconocimiento, é informado el rey de que el Tajo podía hacerse navegable, vuelto de Portugal a Castilla, propuso eso mismo en las cortes de Madrid a los procuradores de los reinos. Hubo entre ellos varios pareceres y ¡cosa rara! Los procuradores de Toledo, que tenían mas obligación de favorecer la empresa por los notables beneficios que redundaban a la ciudad, fueron los primeros que la contradijeron, y no solo ellos sino la mayoría del vecindario abominaba el proyecto y le juzgaba por dañoso y malo; mas a pesar de todo, los demás procuradores a cortes conociendo los beneficios incalculables de la empresa, ofrecieron 100 ducados a Antonelli para que con ellos removiese los obstáculos, y con diversas trazas pudiese corriente la navegacion del Tajo, lo cual se verificó a poco tiempo, tanto que el mismo Felipe II quiso en 1584 disfrutar esta navegacion yendo por agua desde Vacia-Madrid a Aranjuez en dos barcos chatos de 33 pies de largo muy adornados que hizo construir Antonelli, en los que se embarcaron el rey, los infantes, y séquitos de SS. MM., concluyendo su viaje con toda felicidad.

Luego por mandado del rey se hicieron en Toledo en 1586 cierto número de barcas, competentes para esta navegacion, siendo corregidor D. Francisco Carvajal, y el año siguiente fueron bendecidas 7 de aquellas, en la ribera y sitio, que, junto a los molinos del papel, se llama hoy plazuela de las barcas, el 31 de enero, por Gaspar Calderon cura de S. Martin, habiendo este bajado en procesion con su clero, muchos religiosos, é innumerable concurso.

Embarcaron en ellas 50 galeotes y buena cantidad de trigo, siendo su capitán Cristobal de Roda, sobrino de Antonelli. La capitana hizo señal de partida con una trompeta, y a el tercer toque comenzaron los barcos a navegar, y continuaron prósperamente, llegando en 15 días a Lisboa, y antes de su retorno a Toledo, falleció en esta ciudad Juan Bautista Antonelli, primer autor de la navegacion, que se repitió con buen éxito en los años 1588 y 1589, conduciendo por agua a Portugal grandes cantidades de trigo y otros efectos.

Por muerte de Antonelli mandó el rey tratar con el aparejador Andrés de Udias, lo que faltaba en la navegacion del Tajo para los viajes subsiguientes; y ciertos barqueros de Abrantes se obligaron a venir por el río desde aquella villa hasta Toledo en 40 días. En 1592 se formaron reglamentos para la navegacion, se libtó de derechos á los cargamentos, se fijó el modo de despachar las guías, y las formalidades de salida etc., de modo que llegó a estar tan corriente la navegacion, que las estofas trabajadas en Toledo y Talavera y otros géneros, que iban por agua a Portugal se vendian allí con estimacion, así como los géneros del norte que por mar entraban en Lisboa llevados por el río hallaban pronto despacho en Toledo, Madrid y otros puntos cercanos a las riveras.

No consta el punto de perfeccion a que llegó esta

empresa, ni las causas de su abandono en el próximo reinado de Felipe III; habiendo quedado de ella, por señal y memoria en Toledo el nombre de plazuela de las barcas, en la vega de esta ciudad, porque allí estaba el embarcadero para la navegacion del Tajo.

En tiempo de Felipe IV con motivo de la sublevacion y guerra de Portugal para la conduccion de las provisiones de guerra y boca a la frontera se quiso volver a plantear la navegacion del Tajo desde Toledo a Alcantara, y a este fin en 1641 formaron unos soberbios planos del curso y direccion del río los ingenieros Luis Carduchi y Julio Martelli que no surtieron efecto alguno. Igual suerte tuvieron los preparativos que se hicieron en el reinado de Carlos II para el mismo objeto y riego desde Madrid a Aranjuez, Alcala y otras partes, y los planos que al efecto levantaron los ingenieros armeros D. Carlos y D. Fernando Grunembergh, y las diligencias practicadas en 1740 para resucitar la propia navegacion lo que igualmente sucedió en el ministerio de D. José Carvajal años despues en que se hizo a toda costa un modelo de madera y cristal para el canal de Manzanares que se había de unir al Tajo, y continuar su navegacion hasta Lisboa.

En nuestros días y por el año 1828 se volvió a reproducir la misma idea, y para llevarla a cabo el arquitecto Marco-Artu a quien se dió esta comision despues de tener a la vista los planos de Carduchi y Martelli y demas que conducia al efecto, construyó un barco, que llamó Antonelli en memoria del famoso hidraulico de que queda hecha mencion, y con el hizo un viaje de reconocimiento desde Aranjuez hasta Lisboa, pasando por Toledo el 10 de abril de 1829, y despues de sacar el barco a tierra para salvar las presas vuelto a votar al agua siguió su camino el 18 del propio mes. El 25 de octubre del mismo año volvió el citado Marco-Artu a hacer río arriba un 2.º reconocimiento en otro nuevo barco llamado Tajo que se había construido en Lisboa.

A pesar de todas estas diligencias y planos que nuevamente se levantaron todo se quedó en proyecto por causas que ignoro, pri bando así al comercio y agricultura de los incalculables bienes que redundarian de una empresa tan útil y grandiosa, que si otros tiempos pudo llevarse a cabo, igualmente hubiera podido verificarse en estos, no faltando proteccion en el gobierno, único móvil del engrandecimiento interior de las naciones.

N. MAGAN.

POESIA.

Acaba de publicarse en Oviedo una obra por extremo interesante, y es una Coleccion de poesias en dialecto asturiano (1). Sin perjuicio de analizar debidamente esta importante, publicacion literaria, no podemos menos de recomendarla desde luego al público, ni resistir á la tentacion de trasladar aquí para muestra, parte de una de las composiciones que contiene. Por ella podrán juzgar nuestros lectores de la grata sencillez, y belleza poética de aquel dialecto.

LA PALIZA.

C o la choqueta terciada
y el civiellu levantadu,
Pericon el de Maruxa
Non tien medu al mas pintadu;

(1) Un tomo en 4.º Véndese en Madrid en la libreria de Sanchez, calle de la Concepcion Gerónima.

Y piernas llike y costielles
 Como quien llike mógazu.
 Con cevera y con tocín
 Criólu so pá bien fartu.
 Xudes i dió les corades,
 Fuerra Bernardo del Carpiu,
 Y ansi esfarrapa los llobos
 Como s'estiñara un sardu.
 Suelto, rechonchu, membrudu,
 Con el pèchu llevatadu,
 De pantorrilles carnudes
 Y del cuerpu bien trabada,
 Mas recio q' una muralla,
 Mas derechu q' un forcadu,
 Una facina de paya
 Lleva sobre los costazos,
 Y baste d' un emburrian
 Como s'estiñara un carbayu:
 Yé so geniú un puzcalabre,
 Son de sierru los sos brazos,
 Y sacó d' una gafura
 Corazon fégado y bazu.
 Travesau é na campera,
 Si llevanta el so verdascu
 Y pon el cuerpu derechu
 Y patrás da un par de pasos,
 Y mira un pocu fosqueru
 Y echó de sidre dos cuartos,
 Mil diablos lleve si naide
 Aunque se tenga por guapu,
 Y saluda los focicos
 Y toma el fuelgu á so cuayu.
 Quien non diga Viva Sieru,
 Ha de pagai el portazu;
 Y d' un torollu sin non
 Vien á besai los zapatos.
 Vilu yo na romería
 Fosqueru, arremolinadu
 Envolvida la mollera
 En un pañuelu floríadu,
 Con calzones de Segovia
 Y aguyetes de á dos cuartos,
 Y la montera picona
 Entornada par un lladu,
 Q' otro Roldan parecia
 O el sobrin de Carlo Mano.
 Puesto el primera na danza
 Patrás y palante andando,
 Perezosu y galvaneru
 Sollivia el cuerpu llivianu,
 Como se mez al Nordeste
 Vara verde d' avellanu.
 Ya s' arrevalga de piernes
 Y detien diez aldeanos
 Ya otros diez d' un emburrian
 Dexa nel suelu zampados,
 O ya en medio de la rueda
 Como na corrada el gallu,
 Erguidu se pon y un viva
 Que saca de los calcaños
 Llancia de la boca fuera
 Con q' á todos tiembla el cuayu.
 Naide gurguta; y él solu
 Dueñu de todú el cotarru,
 Echa ixuxús y reblinca
 Dando vueltas al so palu.
 Los mozos de la rivera
 Que na esfoyaza cantaron,
 Los que lleven é na fiesta
 Con relicarios el ramu,
 Los que diz que son valientes
 Porque non cansen en sallu,

Los que pe la noche ponen
 A les mozes el carbayu
 Y galantien pe l' aldea
 De sidre y castañes fartos,
 ¿Donde están? ¿que se fixeron?
 Vengan aquí con mil diablos.
 ¿Ni á ver siquiera s' atreven?
 Los ñudos del mio verdascu?
 Non se escondian y el que quiera
 Medir lo que tien de llargu,
 Que mire en tientes mio cara
 Y eche hácia min un revalgu,
 O si non que á la so moza
 Mas non siga los calcaños,
 Nin ñunca ablanes y ñueces
 Y traiga de los mercados.
 Yo i diré que ye un exencle
 E nos focicos metanos
 Buenu pa comer boroña,
 Pero non para dar palos.
 Ansi dijo el farfanton
 Mirando pa todos llados,
 Con una risa fisona
 Y una cara de los diablos.
 Iba echar un ixuxu
 En so coraxe enfotadu,
 Cuando Xuan de la Ravera,
 Rapaz de puños y cuayos
 Caliente y de bon calter
 Y probadu nos trabayos,
 Fartu de tanta falancia
 Y por otros atuzadu
 Sin ser ya dueñu del fuelgu
 Y un pocu arremolinadu,
 Da dos pasos hácia lante
 Con el palancon terciadu,
 Y arregañandoi el diente
 Le mira deriba á baxu
 Y fala d' aquesti modu
 Como quien non tien cuidadu.
 Non nos vendia tantes ronques
 Nin ande tan llevatadu,
 Pericon el de Maruja
 El fin del Madrilanu.
 Por mas que llevant' el gritu
 Y faga aquí d' espantayu,
 Tantos tien comido crudos,
 Como cocidos y asados.
 Ya yo vi medir el suelu
 Otros un pocu mas altos;
 Baje el tonu y non s' atufe
 El demoniu del mazcayu;
 Q' a topar en mio concuencia
 La forma del só zapatu.
 ¿Non t' acuerdes que te dieron
 Con llombardades el pagu
 La noche de la foguera
 E na fiesta del Rosariu?
 ¿Y qué allá na mio quintana
 Unos mozos te torgaron
 Arrimándote la cesta
 Y solmenándote el cuayu?
 Pos lo q' entonces pasó
 Puede repetirse ogaño.
 Y ansi como aquí me rés
 Delgaducu y pequenacu,
 De les tos faladurías
 Fago yo tan pocu casu
 Que non se me dá por elles
 Un ochavu segovianu.
 ¡Muera Sieru, muera el gochu
 Q' aquí lleva el verdascu!

Se suscribe al Semanario Pintoresco en Madrid en la librería de Jordan calle de Carretas, y en la de la Viuda de Paz frente á las Covachuelas. En las provincias en las administraciones de correos y principales librerías. Precio de suscripción en Madrid. Por un mes cuatro reales. Por seis meses veinte reales. Por un año treinta y seis reales. En las Provincias franco de porte. Por tres meses catorce reales. Por seis meses veinte y cuatro reales. Por un año cuarenta y ocho reales. Las cartas y reclamaciones se dirigirán francas de porte á la Administración del Semanario, calle de la Villa, número 6, cuarto principal.

MADRID: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.